

LA COMUNICACION EDUCATIVA COMO PROCESO ALTERNATIVO*

Daniel Prieto Castillo

Aceptar la expresión "comunicación educativa", implica una toma de posición que analizaremos desde un punto de vista histórico conceptual y práctico.

En los países latinoamericanos circulan otros conceptos con los que se pretende señalar un significado análogo: divulgación educativa, difusión educativa, información educativa y tecnología educativa, entre otros. La forma correcta es, para nosotros, la primera. Por eso, insistimos, en que es más bien una manera de encarar el problema tanto de la comunicación como de la educación.

Es preciso desentrañar el sentido de ambos términos —comunicación y educación— a fin de evitar equívocos. Lo haremos en el capítulo dedicado a cuestiones conceptuales. Previamente nos ocuparemos de las relaciones entre comunicación y educación, tanto en la enseñanza como en la aplicación a problemas sociales concretos.

Primeras disociaciones

Cuando se habla de comunicación, inmediatamente se piensa en los medios de difusión colectiva y en las escuelas encargadas de preparar especialistas en las áreas del periodismo escrito, la radio y televisión.

Y cuando se evoca el término educación, la imagen inmediata nos lleva a la labor en la enseñanza primaria, secundaria o bien universitaria.

Nadie relaciona, al menos en primera instancia, ambos campos. La disociación en nuestro país se mantuvo durante mucho tiempo. En los últi-

*Ponencia del **Segundo Encuentro Nacional de Comunicación Educativa**. México, 1979.

mos años comienzan a figurar algunas asignaturas (o temas de asignaturas) relacionadas con la comunicación y la educación.

A la vez, en los centros dedicados a la preparación de docentes, e incluso a la investigación sobre la enseñanza, la comunicación ha tenido, y tiene un fuerte brillo, pero por su ausencia. Las excepciones cuentan, sin duda, sobre todo en los años más recientes. Podemos mencionar algunos antecedentes, aunque la mayoría se reduce a experiencias muy parciales, ya sea en el manejo de medios o en la aceptación de definiciones que no permiten abarcar el proceso en su totalidad.

Las escuelas de comunicación nacen signadas por el periodismo. Los estudiantes son orientados hacia los medios de difusión, en especial, a los medios impresos. La formación incluye capacitación técnica y un barniz cultural indispensable para desenvolverse en el periodismo. El universo de la imagen, fija y en secuencia, queda fuera durante muchos años, por dos motivos: la falta de teóricos y la carencia de equipos. Siempre es más fácil conseguir algunas máquinas de escribir que cámaras fotográficas o sistemas de video.

El ideal para el egresado es incorporarse a una empresa y llegar a ser, con el tiempo, jefe de noticias o secretario de redacción. La totalidad de la bibliografía utilizada, corresponde a la escuela funcionalista norteamericana. El periodista es definido como un hombre de acción, paladín de la justicia y de la verdad.

Surge un primer equívoco: la tarea de difundir información pasa a ser sinónimo de educar. La obsesión, en todos los casos, es la respuesta afirmativa del público. Si educar es formar, un sujeto educado manejará mucha información y se comportará de acuerdo con ella.

A partir del supuesto básico de la eficacia de la información, la sociedad se divide en informadores e informados.

Las empresas nunca tuvieron la obligación de incorporar a los aspirantes a periodistas. El esfuerzo institucional comenzó a no contar con campo de trabajo. La demanda no era tanta como se suponía. Entonces fueron surgiendo otras opciones: relaciones públicas, publicidad, por ejemplo. En ningún caso una especialización superior en comunicación educativa. Hay algunas excepciones hoy, pero el panorama en general, sigue igual.

Si añadimos a esto que desde los años sesentas surgieron en no pocos establecimientos actitudes críticas y un intento por situar los problemas comunicacionales en el contexto de la sociedad, a lo que se sumó la incorporación de los análisis semiológicos, de los cuales nos ocuparemos más adelante.

De todas formas, las escuelas no han encontrado aún un punto de in-

serción real en las relaciones sociales vigentes. La dirección hacia los medios de difusión colectiva sigue siendo preponderante.

En la formación de docentes la disociación también se mantiene. El equívoco fundamental está en la confusión entre manejo de medios y comunicación educativa. Esto ha dado lugar, por ejemplo, a la incorporación de una asignatura cuyo título es "auxiliares de la comunicación", que tiene como objetivo capacitar al futuro docente en el manejo de algunos medios, especialmente audiovisuales.

Conocemos los inconvenientes de un manejo exclusivo de medios: reemplazo de las láminas tradicionales por imágenes fijas, falta de capacitación para obtener un máximo de provecho, entusiasmo por sistemas sofisticados que al final nadie usa, confianza ciega en un elemento que sólo es un auxiliar de un proceso más amplio. En todo caso, cuando se alude a ese proceso, el esquema vigente sigue siendo el de la escuela funcionalista, con la disociación entre emisor y receptor, que en las relaciones sociales concretas no existe, salvo cuando se trata de un proceso de comunicación signado por cierto autoritarismo.

La separación entre la formación de comunicadores y de docentes continúa, sobre todo, entre instituciones. Desconocemos la realización de algún encuentro entre escuelas de ambos tipos de enseñanza.

No faltan argumentos para mantener la disociación; un comunicador especializado en la elaboración de mensajes y en el manejo de medios, puede trabajar indistintamente en cualquier campo, desde la publicidad hasta la educación, pasando por todos los puntos intermedios; en cambio, un docente no tiene por qué adjudicarse todos los problemas propios de la comunicación, basta con que sepa manejar ciertos recursos.

Sin embargo, la comunicación educativa, en tanta necesidad social, ha existido y se desarrolla a pesar de esa separación.

Experiencias alternativas

No es el propósito de esta exposición detallar las experiencias que en distintos países latinoamericanos se han realizado con una intención educativa. Todos conocemos el papel asumido por radiodifusoras o medios impresos en la creación de posibilidades de participación entre miembros de comunidades.

Aun cuando las escuelas de comunicación no se ocupen de la educación y viceversa, la comunicación educativa existe porque es una necesidad social imposible de dejar de lado. No está demás recordar que casi la totalidad del presupuesto educativo en nuestros países se va en pagar sueldos, con

lo que el empleo de recursos para medios, en general, es prácticamente nulo. En los próximos años, la única alternativa para alcanzar a todos los sectores de la población, está en el uso de los medios; la educación formal no permite actualmente cubrir ni una mínima parte de la creciente demanda.

La relación entre educación y comunicación no nace de un capricho intelectual, ni de una decisión institucional, sino de una relación necesaria, surgida de la realidad misma de nuestros países latinoamericanos.

La expresión "experiencias alternativas" va ganando terreno, se convierte en moda ¿alternativas a qué? En primer lugar a un orden comunicacional vigente, en segundo a la disociación que venimos señalando.

Hay ya muchas denuncias respecto al orden comunicacional vigente: los excesos de la publicidad, la manipulación, el reforzamiento de ideologías. Para nosotros ese orden consiste fundamentalmente en un despilfarro comunicacional; un exceso en la circulación de mensajes, cuya inserción en la realidad (como elemento positivo, participativo y profundizador) es a menudo totalmente incierto.

Las alternativas, pues, van por el lado de la profundización y de la participación. Profundización en una temática, en el sentido de toma de conciencia de la misma. Participación, clara, real, de los integrantes del proceso de comunicación. La comunicación educativa es alternativa del orden comunicacional vigente. Como tal, en la actualidad resulta minoritaria; cuantitativamente hablando, es un mínimo elemento de nuestra compleja realidad. Pero, insistimos, elemento necesario, imprescindible en las relaciones sociales vigentes.

La comunicación educativa es la única opción posible para enlazar y dar sentido a las carreras de comunicación y docencia, ya que cada una posee elementos totalmente necesarios a la otra, y esto no se resuelve con el empleo de algunos medios ni con algunas dosis de información sobre el alcance y el sentido de la docencia.

Lo conceptual

La expresión que venimos utilizando está muy lejos de haber logrado una clara definición conceptual, especialmente porque en ella aparece el término comunicación. ¿A qué nos referimos con él? ¿Al modelo cibernético? ¿A los puntos de vista del funcionalismo o del conductismo? ¿A algún modelo estructural? Cada uno de ellos implica una toma de posición frente a temas tan importantes como: comunicación social, relaciones en organismos públicos y privados, actividad docente, mecanismos de evaluación, entre otros.

Para nosotros no es válido hablar de la comunicación en general, sino de diferentes procesos. Distinguimos, así, procesos de comunicación publicitaria, propagandística, estética y educativa. La especificidad de cada uno consiste en las relaciones que establecen los seres y que determinan el tipo de mensaje (sus características formales y su alcance significativo), el tipo de medio y de resultados.

Es importante entender la comunicación como una forma de relación social. Existen relaciones autoritarias y relaciones participativas. Las primeras, implican la monopolización de la elaboración de los mensajes y del uso de los medios por parte de los emisores. Lo que significa la capacidad de decisión sobre la conformación formal de los mensajes y sobre el sentido que intentan ofrecer al perceptor y, a la vez, la decisión sobre el uso y frecuencia del medio de difusión.

Demos un ejemplo, frente a un mensaje televisivo o una revista, el perceptor se convierte en punto terminal del proceso, ya que la elaboración del mensaje (esto es, la decisión sobre colores, formas, textos, tomas...) y la decisión sobre el tipo de medio (impresos o audiovisuales) son totalmente previos.

Esto, en primera instancia, viene a coincidir con una antigua crítica a la unidireccionalidad de los medios, pero para nosotros eso no es lo esencial. El que haya unos pocos que transmiten para muchos, no significa necesariamente una relación autoritaria. El que éstos no puedan enviar una respuesta a aquéllos, si bien dificulta la relación, no se convierte en un impedimento absoluto.

El autoritarismo consiste en que el emisor pretende dar una única versión, como si fuera absolutamente válida; es la pretensión de que el perceptor tiene que aceptar y responder afirmativamente al mensaje recibido, sin ninguna posibilidad de crítica, de ruptura o de participación. Por ello, el autoritarismo puede ejercerse tanto en los medios de difusión colectiva, como en una situación cara a cara. Es tan factible en transmisiones para millones de seres, como en una relación padre e hijo, en un canal de televisión o en una aula.

En procesos de esta naturaleza aparecen mensajes caracterizados por un empleo de signos destinados en su totalidad a persuadir. Es un punto muy importante: el mensaje está hecho de tal manera que mediante él se busca no dejar ninguna duda, no permitir otra interpretación, no abrir el camino a discusiones o críticas. Estamos ante un tema cuyos antecedentes se remontan a la antigüedad: la retórica, ese arte de persuadir a un público. Hay una retórica contemporánea; un ejercicio social de diferentes recursos, el lenguaje para elaborar mensajes destinados a la persuasión.

La obsesión de los emisores autoritarios es la obtención de una respuesta afirmativa. De aquí la importancia de la retroalimentación. En un proceso de este tipo se quiere controlar al perceptor, toda información que provenga de él será útil para hacer los ajustes necesarios a un perfeccionamiento del control. Ejemplos en el campo de la enseñanza no faltan. Piénsese en la búsqueda de una respuesta correcta, en el intento por mantener la conducta dentro de cauces previsibles que no inquieten la labor del docente y, sobre todo, de los inspectores escolares.

Si llevamos esa relación al extremo nos encontramos ante un proceso que consiste en la emisión de estímulos a los cuales habrá que responder fielmente, según la intencionalidad del emisor. La pregunta fundamental es: ¿la educación está al servicio de los emisores-docentes o de los alumnos? Un proceso autoritario tiene por protagonista al emisor, desde el cual todo se evalúa y mide. De lo que se deriva, irremediablemente, un intento de control de cada una de las actividades, una monopolización de los mensajes y de los medios, una reducción del estudiante a polo terminal, complementario del proceso. La incorporación de los medios a la enseñanza no asegura de ninguna manera la ruptura del autoritarismo, incluso, puede llegarse a una sofisticación en el arte de manipular a los alumnos.

Pero a la vez, hay que insistir en que no existe ningún medio intrínsecamente autoritario. El uso de ellos y las relaciones sociales en que se insertan, son la clave. Resulta un error enfrentar a la enseñanza tradicional con el sistema basado en la programación de las respuestas y en empleo de los medios. Así como en la primera había posibilidades de participación de acuerdo con la actitud del docente, y de la relación que se estableciera en el aula. De la misma manera la incorporación de la tecnología educativa, tanto en su vertiente de educación programada como de medios, no asegura la destrucción de lo que se critica a la enseñanza tradicional.

Con lo que comenzamos a abordar el tema de la comunicación no autoritaria, cuya esencia es para nosotros la participación. Pero conviene aquí hacer una síntesis de las aseveraciones vertidas. Hemos afirmado que existe una disociación entre la comunicación y la educación en el plano institucional, esto es, en los establecimientos encargados de la formación de especialistas, no obstante, la comunicación educativa se produce en nuestro país por una necesidad social, que en tal sentido constituye una experiencia alternativa a los procesos dominantes caracterizados por un despilfarro comunicacional. Además, podemos decir que no existe un proceso de comunicación, sino procesos claramente diferenciados, según las relaciones sociales que en ellos se producen. Es posible hablar de procesos autoritarios siempre que exista una monopolización de la elaboración de los mensajes y del manejo de los medios, a fin de lograr que el perceptor acepte

la única versión que le ofrece el emisor autoritario. Para ello se apela a todos los recursos ofrecidos por la retórica y, por último, la obsesión del autoritarismo es asegurarse una respuesta positiva por parte del perceptor, con lo que se hace necesario repensar el esquema caracterizado por la retroalimentación, por la programación y la incorporación de medios a la enseñanza. Y decimos repensarlo... no descalificarlo de antemano.

La participación

A nadie se le ocurriría aceptar afirmaciones como estas: método adecuado para manipular correctamente a los estudiantes; recursos audiovisuales que permitirán tener a los alumnos callados y sumisos; estímulos programados de tal forma que hasta el más inquieto y díscolo quede bajo su control. Nada más opuesto a la manipulación que la educación. Educar es no manipular, es no pretender el control total de la conducta ajena, es permitir el surgimiento de la actividad individual y grupal.

Un análisis a fondo de los textos de Skinner permiten inferir algunas conclusiones. Las categorías básicas de su discurso son:

1. Una transposición del medio de investigación para las ciencias naturales y las ciencias sociales
2. Una técnica social que favorece el control
3. Un impulso del individualismo contra un proceso de socialización (en el sentido correcto del término, no como se propone en 1984 o en Valde Dos)
4. Una limitación del aprendizaje a propiciar información

Tales categorías, para cuyos análisis seguiremos las investigaciones de Gustavo Vainstein, resultan muy cercanas a las afirmaciones que antes rechazábamos. Un modelo que favorece el individualismo, el control social y que reduce el aprendizaje a recepción de información, se parece demasiado a las expresiones que considerábamos ajenas a la educación.

Porque, en definitiva, quien ejerce el control, favorece el individualismo y proporciona la información es el maestro o, mejor, el sistema escolar dentro del cual este último pasa a ser un engranaje tan controlado e informado como el alumno. ¿Con qué criterio se emplean esas categorías? La palabra mágica es eficiencia y todos los sinónimos imaginables: eficacia, optimización, avance del rendimiento; relaciones costo-eficiencia, formación de un ciudadano brillante y eficaz. Si una empresa produce determinados rendimientos a un cierto tiempo, ¿por qué no podrá ocurrir lo mismo con la educación?

Los sistemas de control favorecen los resultados previstos, nadie lo niega. Pero de control en control puede caerse fácilmente en las relaciones de tipo autoritario. Y surgen algunas preguntas, ¿eficacia para qué?, ¿en favor de quién?, ¿quién controla?, ¿con qué derecho?, ¿para qué?

La obsesión por la respuesta acertada lleva inexorablemente del aprendizaje al plano de la traslación, es decir, al traspaso de información. El equívoco que habíamos señalado para el periodismo se repite aquí: educar es informar, es pasar ciertos datos sobre algo y lograr que sean retenidos por quien resulta informado. Y no sólo se busca informar la conciencia, sino también la conducta en cuanto forma de ser ante la realidad y ante uno mismo.

Aparte de los criterios de eficacia y de información, difícilmente puede sostenerse una crítica válida a la educación tradicional. En ambos casos, subsiste el autoritarismo, aun cuando nos resulta desagradable emplear ese término en relación con la enseñanza.

Hemos mencionado varias veces que la opción frente al autoritarismo es la participación; el alumno no como polo terminal del proceso, sino como parte activa del mismo; no está al servicio de un sistema, sino a la inversa. La participación implica la ruptura del monopolio en la elaboración de mensajes y el uso de los medios. El esquema emisor-receptor no resulta válido. Hay que tender a grupos participativos donde la división informador maestro y alumno informado desaparezca. Esto nos sitúa en un proceso de comunicación alternativa.

Aclaremos que muchas veces el autoritarismo no se ejerce conscientemente, se está inserto en un sistema y se actúa en consecuencia.

La expresión

Habíamos afirmado que la especificidad de cada proceso de comunicación consiste en las relaciones que establecen los seres, los que determinan el tipo de mensaje (sus características formales y su alcance significativo), el tipo de medio y el de resultados.

En el proceso participativo, los elementos formales y el sentido final del mensaje resultan totalmente distintos a los del autoritarismo. Estos son elaborados en función del efecto que puedan lograr en el receptor; aquéllos buscan enriquecer la percepción, servir de expresión individual o grupal; éstos cierran el camino a la interpretación de determinado tema, ofrecen versiones rígidas, sin posibilidad de crítica; aquéllos están en función del tema, incitan a la pregunta, al diálogo, a la profundización; éstos refuerzan los lugares comunes, facilitan una interpretación a fin de que no se

vaya más allá; aquéllos apuntan a la creatividad, a la espontaneidad, a la ruptura de lo dado por lo sabido; éstos buscan una sola respuesta; aquéllos abrir el horizonte de la pregunta. No hay experiencia más enriquecedora en educación que la elaboración grupal de un mensaje. El autoritarismo cierra los caminos a la expresión individual o grupal. Piénsese en el intercambio de puntos de vista, en la búsqueda de información, en las discusiones, en la tarea de selección y de combinación de elementos formales, que posibilitan la elaboración conjunta de un simple audiovisual. Hay una responsabilidad compartida, y por lo tanto la decisión ya no resulta arbitraria, a cargo de una minoría para una mayoría.

Esta experiencia enriquecedora no es producto de la magia de un medio, sino de la puesta en práctica de relaciones sociales distintas a las dominantes en el campo de la educación. La elaboración de mensajes y la utilización de medios abre caminos valiosos a la expresión, que es sistemáticamente controlada y reprimida en la escuela tradicional y en buena parte de la nueva escuela fundada en la tecnología educativa, pero los medios siguen siendo medios, esto es, instrumentos. Lo que cuenta es la elaboración del mensaje y la relación social que la sustenta.

La expresión no necesita elementos técnicos sofisticados. Lo importante es que ocurra, a través del medio que sea. Asistimos actualmente a un cierto menosprecio de las posibilidades que ofrecen los sistemas impresos. Todo lo confiamos a tecnologías complejas que a menudo resultan inaccesibles por su costo y su mantenimiento. Sin embargo, para expresarse basta una simple hoja de papel. No hemos resuelto aún el proceso de la expresión a través de un medio sencillo y ya damos el salto hacia tecnología de avanzada. Recuérdese la extensa bibliografía sobre la represión de la expresión del niño en el ámbito de la imagen, de la música, del propio cuerpo.

Si no varía la relación social todos los recursos modernos no hacen más que reforzar una situación signada por el autoritarismo. ¿Tales afirmaciones nos llevan a descalificar totalmente los aportes de la tecnología? De ninguna manera. Todo el mundo sabe que pueden hacerse cosas maravillosas mediante una cámara fotográfica o de cine. La cuestión consiste en la posibilidad de manejar la cámara y no en la recepción pasiva de lo que otros hicieron. De lo contrario, sólo hemos sustituido la clase magistral por un empleo no menos magistral de medios. Y aun en el caso de que el mensaje sea elaborado por una minoría, lo fundamental es que sea incitador, profundizador de una cierta temática y enriquecedor de la percepción. El autoritarismo recorre siempre caminos trillados.

La expresión puede no darse en el contacto con una máquina que enciende luces y produce algún sonido cuando se acierta con la tecla o el botón adecuado. Pero el autoritarismo puede evitarse con reforzadoras de

ese tipo (analícese el sentido de reforzar). Autoritarismo o participación, tal es el dilema fundamental de la labor educativa.

El análisis de mensajes

No caemos en el error de creer que la expresión es producto total de la espontaneidad. Demasiado daño ha hecho esa creencia a la educación, como por ejemplo, la división entre estudiantes "dotados" para la expresión verbal o para expresarse con imágenes. La expresión se cultiva mediante un trabajo sostenido y, usemos el término, disciplinado. Lo que significa el ejercicio en el canal de la expresión y el conocimiento a fondo de sus características.

Los elementos de expresión en la escuela son la palabra y la imagen. En primer lugar, hay que aprender a seleccionarlos y combinarlos. Después, a elaborarlos y denominar formas y colores. Hay otras formas de expresión que no abordaremos aquí: física, musical. . .

A la elaboración de mensajes hay que agregar la capacitación en el desciframiento de los mismos. Hemos utilizado ya los términos semiótica y retórica. Esta proporciona reglas para conformar mensajes que puedan tener un cierto efecto en el público. Aquélla abre el camino a la interpretación de la estructura formal de los mensajes.

Precisemos. En las relaciones sociales los mensajes cumplen funciones concretas: indicar algo, calificar (positiva o negativamente), expresar un estado de ánimo, conminar, etcétera. Los mensajes tienen funciones indicativas, calificativas, expresivas y exhortativas. En cada caso el emisor selecciona ciertos signos y los combina de una determinada manera. Esa elección y combinación dependen del sentido que se quiere dar al tema en cuestión. Cuando recibimos el mensaje simplemente nos enteramos de lo que el emisor quiere decirnos, no poseemos instrumentos para analizar las características de la selección y combinación de signos. Al no poder evaluar críticamente la estructura formal, somos presa fácil del sentido que se nos quiere imponer.

La lectura formal de textos y de imágenes permite cuestionar o profundizar el sentido que portan esos signos. Frente a un libro o a un audiovisual podemos enterarnos de lo que dice el emisor. En cambio, un análisis de lo formal permite comprobar la insistencia en ciertos términos; el uso (formal) de tal color en relación con tal situación; la caracterización maniquea de los personajes; el empleo de figuras retóricas destinadas a reforzar un solo sentido; los detalles correspondientes a la ambientación de las acciones, para determinar cómo y dónde desenvuelven su vida los personajes.

En los textos de tecnología educativa se insiste mucho en la selección de ciertos colores o de cierta tipografía, pero no así en la conformación misma del mensaje. Y sucede que es en ella donde se juega el sentido que pretende enviarse al perceptor. Los análisis semióticos han avanzado mucho en las dos últimas décadas. Si bien no son pocos los casos en que se ha caído en interpretaciones gratuitas y pérdidas de tiempo, hay que reconocer que existen ya excelentes recursos válidos para su aplicación en la educación.

El análisis de mensajes facilita la expresión. Quien es capaz de analizar sistemáticamente algo, es capaz de criticarlo y de rehacerlo incluso. Se ha hablado mucho de las posibilidades que ofrecen la historieta o la fotonovela para la educación; ambos géneros tienen un lenguaje específico, reglas de juego a las cuales el público está totalmente habituado, desarrollo de la trama que incluye una serie de funciones para los personajes. Si no se conoce todo eso, es muy fácil caer en errores como la rigidez de los personajes, el exceso de texto, así como en el uso de mecanismos de selección y combinación de signos correspondientes al lenguaje autoritario. A través del análisis semiótico que permite decodificar el sentido de los elementos formales, estos errores pueden evitarse.

Un proceso participativo significa que tales recursos deberán ser conocidos por todos, de lo contrario caeríamos en una nueva forma de monopolización. La lectura de textos e imágenes tendría que incorporarse a la enseñanza de la misma manera en que se pretende incorporar medios audiovisuales.

Principio de totalidad

Quien conoce y maneja la totalidad de un proceso está siempre en ventaja sobre quien se ocupa sólo de una parte. Esa es una vieja verdad aplicable a distintos campos de la actividad humana. En el ambiente que nos ocupa ocurre exactamente lo mismo. La incorporación de medios y la capacitación en su empleo, no bastan para dominar todo el proceso, y mucho menos para llamarlo comunicación educativa.

Un primer paso para abrirse a la totalidad está en el análisis de la estructura formal de los mensajes. Pero allí no se agota el camino. El proceso de comunicación se funda en una serie de elementos:

- emisor
- códigos
- mensaje
- medios y recursos
- perceptor

- referente
- marco de referencia
- formación social

No entraremos en la explicación de cada uno. Nuestro argumento es que, si no se conoce lo que implican en sí mismos y en su contexto y en sus relaciones, difícilmente se puede salir de una situación de parcialidad. Y esto de una manera general, casi abstracta.

La correcta caracterización de cada proceso nos permite delimitar con claridad el que nos ocupa. La formación en comunicación educativa es mucho más compleja que la simple incorporación de medios a la enseñanza.

No intentamos, lo hemos dicho, la descalificación de tales medios. Buscamos situarlos en el contexto en que se mueven, en el proceso a partir del cual se les puede evaluar. Proceso que obliga a tres pasos fundamentales:

- a) conocimiento de los problemas teóricos de la comunicación educativa
- b) análisis de mensajes
- e) manejo de medios

Pasos incluidos en el contexto global, en las funciones actuales y posibles de la comunicación educativa en nuestro país. Se añade necesariamente la crítica de los esquemas vigentes, de las teorías que fundamentan el auge de la tecnología educativa. Y crítica quiere decir evaluación, no descalificación a priori. Una formación en su totalidad, una puesta en práctica de los pasos mencionados, supone una preparación que, en general, ni las escuelas de comunicación ni las de docentes están en posibilidad de ofrecer, no por falta de personal capacitado, sino por la carencia de coordinación a la que ya hemos aludido. Pero ya hay experiencias al respecto, como la Maestría en Comunicación Educativa que imparte el Instituto Latinoamericano de Comunicación Educativa (ILCE). Además, lo importante es adaptarse a cada situación y avanzar lo más que se pueda según las posibilidades.

Docencia y comunicación

La realización de encuentros como el que hoy se inicia, muestra que va quedando atrás el tiempo en que los docentes mendigaban apoyo para solucionar los problemas que la enseñanza plante. La universidad dio, en general, la espalda a esta cuestión en la medida en que se convirtió en un

círculo cerrado indiferente a los ciclos primario y medio. Pero además, la universidad no pudo solucionar sus propios problemas de comunicación, no sólo en el ejercicio de la docencia, sino tampoco en la creación de sistemas que signifiquen un real intercambio entre sus integrantes.

El éxito de la tecnología educativa, aparte de las motivaciones económico-políticas, proviene sobre todo del ofrecimiento de técnicas y medios para resolver los problemas a que aludimos. Porque el docente siente que se ocupan de él y que se le ofrecen recursos para salvar escollos cotidianos. Desde esa perspectiva constituiría un error rechazar en bloque la incorporación y el uso de tales recursos.

Nosotros argumentamos que si bien esto significa un aporte, la tecnología educativa no abarca todos los aspectos de la comunicación educativa. Es parte de ella y de ninguna manera a la inversa.

La incorporación de un auxiliar depende del proceso en cuestión; éste determina a aquél. En la División de Ciencias y Artes para el Diseño de la UAM-Azcapotzalco hemos intentado utilizar medios y elaborar mensajes para situaciones sociales concretas. Ello nos ha llevado a rescatar en muchos casos el empleo de sistemas impresos que, en determinada circunstancia, pueden tener todo o más valor que lo audiovisual. En otras ocasiones sí hemos empleado estos últimos. Pero, además, la carrera de Diseño de la Comunicación Gráfica comprende la enseñanza de todos los elementos que constituyen un proceso de comunicación: teoría, análisis de mensajes y práctica concreta, entre otros.

No es nuestro propósito colocar esta experiencia como modelo. La mencionamos para ilustrar aquella afirmación de que, quien maneja la totalidad de un proceso está siempre en ventaja sobre el que abarca sólo una parte.

Proposiciones

Nuestra exposición se orienta a la formulación de algunas propuestas para ser discutidas entre los participantes de este encuentro.

1. El concepto de comunicación educativa que sea utilizado tomando en cuenta su pleno significado.
2. Los cursos de comunicación educativa deben incluir teoría de la comunicación y análisis de mensajes.
3. Evaluar las categorías que sostienen en general a la tecnología educativa, a fin de analizar el concepto de participación.
4. Promover el intercambio de experiencias entre escuelas de comunicación y de formación de docentes, para cerrar la brecha actual.

5. Los cursos de comunicación educativa que se incluyan en la currícula de ambos tipos de establecimiento.
6. Establecimiento de estudios en licenciatura y en posgrado en comunicación educativa.
7. Creación de un banco de datos y una revista de comunicación educativa de alcance nacional y latinoamericano.

Proposiciones que de ninguna manera intentan agotar todas las posibilidades que ofrece el tema que nos ocupa. México cuenta con personas con la suficiente formación para encarar la tarea que, por su actual ideal, compromete el futuro. Habrá que coordinar esfuerzos, aprovechar lo que ya se tiene. La comunicación educativa, insistimos, no nace de acrobacias intelectuales. Es una necesidad concreta a la que la universidad no puede dejar de responder.